

LOLA LÓPEZ
MONDÉJAR

Mi amor desgraciado



Ediciones Siruela

Índice

Cubierta
Portadilla
Mi amor desgraciado
I
II
III
IV
Agradecimientos
Notas
Créditos

Mi amor desgraciado

I

«Ningún crimen lo cometí por odio, el que se ensaña es mi amor desgraciado.»

Medea, Séneca

«No tengo patria, ni casa, ni refugio contra mis desgracias.»

Medea, Eurípides

1

–No había sangre, ¿se lo imagina? Ni una sola gota. Creo que fue su ausencia la que hizo que supiese que aquello era real, que no se trataba de ninguna escena de ninguna película. ¡Hay tanta, tanta sangre, en las películas!... Pero no hace falta sangre para matar. Yacían allí como dos animalitos confiados, tan quietos que parecían dormidos. De haber habido sangre ni siquiera lo hubiera creído, tal vez hubiese pensado que sólo se trataba de una de mis fabulaciones solitarias. Aburridas fantasías de noctámbula. Pero no la había, no; tampoco había ruido, y supe así, de repente, supe por esas dos ausencias, que ya estaba hecho.

Hay muy poca diferencia entre la realidad y la imaginación, ¿no cree?, muy poca diferencia. Tal vez para usted sea distinto, quiero decir que para usted puede que exista una distancia infinita entre su realidad y sus fantasías. Debe de ser muy agradable sentir las por separado con absoluta claridad. Aunque ¿quién puede saberlo con certeza? Cada uno vive sumergido en sí mismo, sin posibilidad alguna de salir de su propia piel, de modo que todo lo que usted pretenda saber sobre mí, lo que yo intente conocer de usted, no son sino meras especulaciones. ¿Se dice así?

Cada cual inmerso en su cuerpo, sin posibilidad de intercambio.

El de ellos era compacto, yo lo conocía tan bien que podía permitirme pasar días enteros, incluso semanas, sin apenas mirarlos. Y aun así todavía puedo reproducir de memoria sus facciones redondeadas, o la transparencia de su piel en la base de las aletas de la nariz, mientras se abrían y se cerraban aceleradamente en busca de aire. Aunque, pensándolo bien, soy muy poco observadora.

También conocía el cuerpo de él. Lo conocía como conozco el mío, mejor que el mío incluso. Y su olor. Su olor fue lo primero que percibí cuando se me acercó. Llegó a mí por detrás, sigilosamente, como un depredador, exhalando un olor único a perfume y a piel masculina, un excitante olor a piel de hombre.

Antes de verlo lo husmeé como los gatos, podía seguir su rastro allá donde fuese guiada tan sólo por mi olfato, celosa de que otras pudieran olerlo.

El de ellos era un olor dulce, blando; un olor blando ¡qué tontería!

Es curioso cómo funciona la memoria, por qué acuden hoy a mí estos episodios minúsculos, aparentemente sin importancia.

Siempre he sido muy desmemoriada; soy, ¿cómo decirle?, despistada para los detalles. Pero lo que había hecho no requería de ninguna destreza especial, ni siquiera pretendí que no lo supiera nadie, no intenté borrar las huellas de mi acción, sino al contrario, quería firmarla, dejar mi nombre por todas partes, pretendía convertir mi acto en una huella fósil, como la de los dinosaurios. ¿Usted ha visto las huellas fósiles de los dinosaurios? ¿Sí? Son grandes, poderosas, se podría decir que eternas. Millones de años después seguimos asombrándonos de que semejantes animales hayan poblado algún día la tierra. Su huella es indeleble. Y yo... Yo soy efímera. Volátil, como los gases. Pasaba por la vida y por los hombres sin dejar rastro, como si nunca hubiese existido. Me apartaban con un simple giro de cabeza: ¡zas!, se acabó, vayamos a otra cosa, y se olvidaban por completo de mí. Si no les hubiese contado a mis amigas mis historias de amor, yo también hubiera creído como ellos que no existieron nunca.

El único que cambió mi cualidad efímera por un tiempo fue él. Él y aquella habitación sin sangre.

Apenas nos encontramos y comenzaron a pasarme cosas de verdad, no como las de antes. Hechos auténticos capaces de afectar a los otros y no sólo a mí.

Hasta entonces vivía consumida en una crisálida que

amenazaba con asfixiarme. Pero cuando pensé que estaba a punto de morir ahogada, huí de ella con toda la fuerza de mi juventud. Ahora soy la mariposa, qué ridículo ¿no? ¿Que a usted no se lo parece? Gracias.

Dejé de ser efímera y adquirí gravedad. Mis actos eran, ¿cómo decirlo?, más sólidos. Mis palabras y mis actos comenzaron a importarle a alguien. Todo lo que yo sentía, incluso todo lo que había pensado antes de conocerle, comenzó a tener un valor que yo había desconocido hasta entonces. ¡Cómo disfruté! Él me consideraba, existía, nunca se olvidaba de mí, en cierto modo.

Hasta mi cuerpo aprendió a disfrutar de la consistencia que su amor me proporcionaba, y comencé a caminar de otra manera, pisando más fuerte, como si tuviera más peso. Y eso me gustó.

2

Ese pedazo de carne que me mira con ojos mansos es mi única hija. Puedo reconocerme en sus pómulos redondeados, como reconozco a su padre en el lóbulo de su rostro y en su prognato y simiesco mentón. Ella es carne de mi carne, sangre de mi sangre, durante nueve largos meses la llevé dentro de mí, chupándome la energía para crecer, como un vampiro chupa la sangre de sus víctimas para dotarse de vida. Y ahí está ahora, ligeramente obesa y lloriqueante, mostrando ese desamparo que tanto me irrita, que me consume, como si me implorase una muestra de afecto que no estoy dispuesta a darle.

Moquea y se limpia la nariz con un pañuelo de papel, los ojos con el dorso de la mano.

–Dime al menos dónde vives –insiste, y la dejo sin respuesta.

He cumplido sobradamente con mis deberes de madre; diecinueve años la he cuidado y protegido, la he arropado de niña, la he mimado... hasta que ya no he podido más.

Ella baja la cabeza ante mi silencio, está sufriendo y en ninguna parte de mi cuerpo hay una sola célula que responda a su dolor.

Durante diecinueve años reprimí cada uno de mis deseos para tirar adelante con esta hija que tanto había deseado y que se me hizo, no obstante, una carga insoportable. A medida que su vida me consumía, antepuse su comodidad a la propia, su sueño y su bienestar al mío y me perdí en un infierno de maternidad que nadie sospechaba. Engordé y vegeté para no matarme o matarla, eliminando cada rasgo de mujer que pugnaba por asomarse a mi cuerpo y florecer en ese páramo en que la madre me tenía enterrada.

Cuando crezca, me decía para consolarme, cuando crezca podré renacer, resucitaré, adelgazaré y me cuidaré como cuando ella no existía. Podré desear de nuevo, y por mi cuerpo ahora yermo volverán a circular las pasiones y los afectos en una corriente de vida crecida y turbulenta; una riada que me inundará toda y romperá los diques que su vida me ha impuesto, las esclusas que su cuidado ha edificado, los rituales con que inconscientemente me castigué para atajar y domeñar mis, entonces, aún jóvenes ímpetus.

No puedo valorar su dolor, no quiero percibirlo, estoy cansada de sentir por los otros. Por las noches sentía su frío como si fuese el mío y me levantaba precavida para comprobar que las mantas continuaban en su sitio, cubriendo su cuerpo menudo, cobijando su sueño de angelote inocente.

No he tenido una hija guapa, ni siquiera tiene un cuerpo atractivo, y me asusta pensar cómo será la vida de una mujer así. Siempre he anhelado sentirme querida y deseada, hasta que, a fuerza de ser amable, me convertí en una mujer insulsa e insignificante. Ahora no me importa en absoluto que me quieran, me he liberado de esa servidumbre, no necesito ser complaciente, no necesito seducir. En realidad no preciso nada de los otros, quienes, por otra parte, sospecho que a estas alturas ya nada quieren de mí. Soy una mujer invisible, común, una mujer de cincuenta años que, cuando camina por la calle, se confunde con el resto de las mujeres de su misma edad. Ahora ya no soy gorda sino delgada, casi enjuta, pierdo masa muscular y mi pelo, cada día más crespo, tiene ese color indefinido, entre castaño y rubio, tan socorrido para cubrir las canas, tan utilizado por las mujeres maduras. Color ceniza, como el que deben de presentar mis deseos consumidos.

Mi hija llora sin poder contenerse y, como única respuesta, le digo que tengo prisa.

—¿Tan pronto? —me contesta. Pues no comprende que mi impaciencia dura diecinueve años, cuatro meses y doce días, mi impaciencia tiene su misma edad, estoy impaciente y tengo prisa, y la dejo sonándose los mocos de nuevo en

la mesa de una cafetería tan indiferente a su llanto como yo.

Es hora de que también ella se enfrente a la vida, de que se separe también de mí. He dejado un billete encima de la mesa para pagar su café con leche y mi gin-tonic. Ahora me gusta el alcohol, me encanta el sabor de la ginebra en la garganta, el del vino tinto en el paladar; su aroma, su textura áspera y líquida, los echo de menos a media tarde y bebo, no mucho, no tolero la inconsciencia, no tolero nada que aminore la lucidez de mi pensamiento. Ahora que vivo de nuevo, que he tomado las riendas de mi vida y soy libre al fin, no soportaría por nada del mundo adormecerme, volver al letargo del pasado, ni siquiera entornar un poco los ojos. Quiero tenerlos bien abiertos al mundo, abrirlos de par en par para que entre la luz, y lo nuevo aniquile las telarañas que obstruyen mi retina.

Tengo una pequeña renta que su padre se ha obstinado en pasarme, como si se sintiese culpable de haberme tenido encerrada, encarcelada en el hogar familiar como en un mausoleo, y quisiera reparar su culpa, imponerse una penitencia pecuniaria que alivie mi vejez y sus remordimientos.

Porque él sí lo sabía. Lo supo siempre. Cuando no podía más le contaba mi tormento. Sin embargo, nunca me dijo vete, sino que me retenía a base de sentido común, me decía lo que yo ya sabía, lo que me hubiera dicho mi padre o un sacerdote –al que nunca habría preguntado–, me respondía adecuadamente sin darse jamás por aludido, como si mi hartazgo no fuera también de él. Resiste, soporta, insistía. Parecía una vieja aconsejando a su hija. Y yo caía en la trampa, lo abrazaba, él me quería, lo abrazaba; reposaba mi cabeza en su hombro sólido y confortable, e intentaba continuar. ¿Cuántas veces se repetiría aquella triste escena? Notaba su cansancio en la voz, el reflejo de mi reiteración en sus ojos; es triste notar eso. ¿Le contaba acaso mis inquietudes para que él me retuviese? Es posible, nunca fui demasiado valiente, han tenido que pasar muchos años para poder desprenderme del lastre de mi cobardía, y aun así, ¿qué heroicidad conlleva abandonar a un marido cincuen-

tón y a una hija ya mayor de edad? Ninguna. Ahora que lo he hecho, me parece mentira el tiempo que he necesitado para conseguirlo.

Si mi hija no existiera, si sus mansos ojos no expresaran el horror de lo que ella sufre como un abandono, no me sentiría tan cruel. Los ojos de los otros son un espejo que nos deforma, si bien son el único espejo.

Tengo una pequeña pensión, decía, que su padre se ha obstinado en pasarme, y una modesta herencia de mis padres que guardé para cuando llegara este momento. ¿Soy egoísta al querer gastarla en mí y no dejársela también a ella?, ¿voy contra natura al no desaparecer de nuevo como un mero eslabón en la cadena de las generaciones y pretender dilapidar el dinero obtenido de la humilde casa paterna?

Así pues, mi independencia económica, si bien no la moral, me permite subsistir sin un trabajo –que no encontraría nunca a mis años–, y sin necesidad de ninguna otra ayuda. Dispongo de tiempo para mí misma, y aún no sé muy bien qué voy a hacer con él. Mi apartamento alquilado guarda los pocos bienes que poseo. No quiero tener nada para no tener que abandonarlo después. Odio las posesiones y su cuidado, cultivé rosas durante años para entretenerme, y ahora odio las rosas y sus espinas crueles, y las calas, y todas las flores que planté y aboné, todo cuanto consumió mis energías durante mi cautiverio lo alejo de mí ahora como si así pudiese sentirme más libre. ¿Qué me atará a la vida tras mi progresivo despojamiento?

3

—¡Le quería tanto!, le adoraba. Nunca pensé que alguien pudiese amar hasta el punto en que yo lo hacía. Nunca. ¿Tiene un cigarrillo?

Gracias, siempre me faltan cigarrillos, gracias por acordarse. ¿Es para mí todo el paquete? ¡Qué amable es usted! Yo había tenido un hombre antes, pero no llegué a quererlo ni la cuarta parte de lo que le quiero a él. Sí, no me mire de ese modo, todavía le quiero, todo fue por ese amor. Cuando le conocí yo sólo tenía veinte años, él veintisiete. Era una chica alegre, aunque siempre fui inquieta, no sé cómo explicarle, no me encontraba cómoda del todo en ningún sitio, me movía sin parar. Bailaba muy bien. Él decía que bailaba como si estuviese jodiendo, así lo decía, con esa palabra que me sonó tan bien y tan mal la primera vez que se la oí. Bailas como si jodieses, murmuró exactamente, acercándoseme al oído por detrás. Sentí su aliento caliente en mi oreja, en mitad de la pista de la discoteca de Montparnasse donde solía ir con mis amigas. Me excitó en ese mismo instante. Sentí cómo todo mi cuerpo se sacudía en una descarga de electricidad. No me había pasado nunca. Él dio la vuelta alrededor de mí, observándome, e hizo ademán de marcharse. Entonces le cogí de la muñeca, le hubiera cogido de cualquier sitio con tal de retenerlo. Y le pregunté, provocativa, ¿adónde crees que vas? Me sonrió con esa boca suya que no puedo imaginar cerca de otra, me sonrió y me dijo, ¿quieres venir conmigo? No me separé más de él. Una semana después del encuentro vivíamos juntos en su apartamento. Luego fuimos unos meses a Marsella y a continuación empezaron sus viajes al extranjero.

Me llevaba con él, yo lo dejé todo. Empecé a vivir para él con dedicación exclusiva.

A menudo permanecía días enteros encerrada en la habitación del hotel, en el centro de ciudades desconocidas que no me interesaban lo más mínimo. México, Lima, Buenos Aires, Manila, Nueva Delhi, así hasta una veintena. Lo sé porque él me lo reprochaba. Te he llevado a más de veinte ciudades distintas y sólo se te ocurre quedarte aquí encerrada, me repetía. Volvía muy tarde, de madrugada. Cuando le oía abrir la puerta saltaba de la cama como una gata en celo y me tiraba sobre él, me subía sobre sus caderas, me encaramaba sobre su espalda, lo acariciaba, lo desnudaba, le besaba la boca por la que me moría... Sólo vivía para eso. Él se reía, me quería, le gustaba una obsesión que potenciaba mostrándome indiferencia; es más, la provocaba, me excitaba llamándome por teléfono a cualquier hora del día, me preguntaba ¿qué haces? Yo le decía, nada. ¿Qué llevas puesto? nada, tócate, me decía, tócate, y yo me tocaba, siempre estaba caliente, dispuesta, yo era mi sexo, y él lo sabía. No me importaba nada más en el mundo. No existía nada más en el mundo. Gemía para él. En mitad de una reunión, en mitad de un edificio en construcción, de un puente, de una carretera o de un embalse que su empresa construía en algún lugar del planeta, él estaba oyendo mis gemidos. Gemía para él y a él le gustaba. A veces venía a cualquier hora del día; he dejado la reunión, me decía, porque no podía soportar las ganas de follar contigo, eso me decía. Y yo lo adoraba. Me lo comía. Así pasaron dos años. Quizá más. Hasta que comenzó a hablarme de su fantasía. Quería verme con otra mujer, me gustaría verte haciendo el amor con otra mujer, susurraba. Yo me reía, vale, cuando tú quieras, le contestaba, y me reía. Él volvía a ello cada vez con más frecuencia.

La primera vez fue en Tailandia. En Bangkok nos alojábamos en un hotel de lujo, la habitación era espaciosa y hacía calor. Me llamó a las seis de la tarde: tengo una sorpresa para ti, me prometió. Te va a gustar. A las siete abrió la puerta y dijo en inglés, *come in*.

Entró una chica muy joven, apenas habría cumplido los quince. Mostraba una expresión dulce; tenía un cuerpo pequeño, delgado, la piel dorada, era muy bonita. Es para ti, me dijo él, y se sentó en el sofá que había frente a la cama. Yo me quedé inmóvil, en mitad de la habitación. No te preocupes, ella sabe lo que hay que hacer. Me tranquilizó. La chica vino hacia mí esbozando una sonrisa. Él se sirvió un vaso de whisky con hielo mientras nos miraba. Yo llevaba puesto un salto de cama transparente y un tanga a juego, lo esperaba para recibir la sorpresa que me había ofrecido. La muchacha se quitó el vestido alzando los brazos por encima de la cabeza con un sencillo gesto que me resultó muy elegante, y se acercó a mí. Él nos miraba con curiosidad.

No voy a decirle que no me gustase, me gustó, por qué negarlo, a fin de cuentas usted viene aquí para comprenderme, y yo le agradezco el gesto, nadie se ha interesado por mí hasta ahora. Al menos de la misma forma. Tampoco creo que él lo hiciera entonces, no creo que yo le importase demasiado, más allá de aquellas escenas tan teatrales en las que hacía realidad lo que antes había imaginado, pero no podría asegurarlo.

No me importó acostarme con una mujer, ni siquiera creo que sufriese ningún tipo de vergüenza. La chica sabía efectivamente lo que hacía y yo me dejé llevar. Cerré los ojos y dejé que ella se ganase sus buenos dólares.

A él le pareció magnífico, me compró una pulsera de oro para celebrar mi iniciación. Estaba contenta porque él lo estaba, creo que no me planteaba demasiadas cosas entonces.

¿Le extraña?, se lo pregunto porque, ahora que él no está, he recuperado algo que había perdido hace tiempo, y me interrogo sobre cómo verán mis actos los demás. Me lo pregunto con cierta frecuencia, pero no crea que me molesta pensar que me juzgan. Creo que no me importa lo más mínimo que lo hagan. Hice lo que hice y no puedo volver atrás para borrarlo, no puedo hacer nada más que intentar continuar viviendo con aquellos recuerdos.